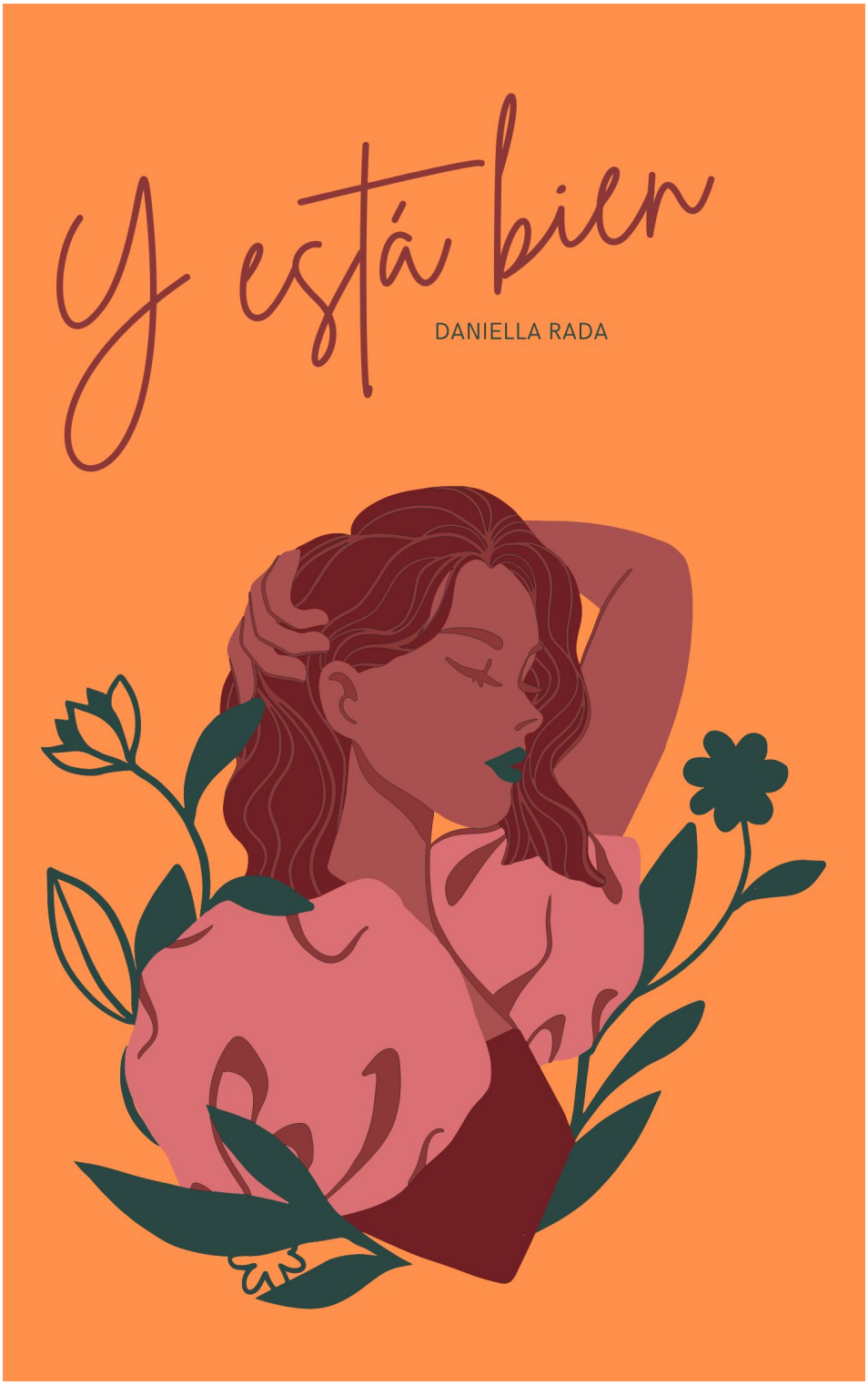
Y está bien

Daniella



Capítulo 1

Un beso bajo la lluvia. Margaritas blancas. Arcoíris en un fondo lila grisáceo. Árboles, la sonrisa de un extraño, un abrazo de verdad. Un regalo de quien te ama, palabras amables luego de un largo día. Todas esas pequeñas cosas que amo, que "tengo", pero que en realidad no están.

¿No te jode que a veces estar solo es menos solitario que estar contigo? O que estar con alguien equivocado. ¿No te encanta la cantidad de lágrimas que he derramado en tu nombre?

Un libro viejo con la dedicatoria de un amante víctima del tiempo. El sonido de un piano rompiendo el ensordecedor silencio. Hornear galletas con alguien especial y llenar con harina todo el lugar. Una pareja besándose en la oscuridad de un día. El cielo azul en el aire vespertino. Todo aquello que para ti no tiene sentido. Pero incluso recordando a mí misma todas pequeñas cosas que me provocan un cosquilleo de euforia casi absoluta en la boca del estómago, que me hacen perderme entre las nubes en una utopía que casi se entrelaza con la realidad… el pensar en ti destruye cualquier atisbo de posible felicidad.

Caminando en las calles húmedas, el cielo de un gris profundo, y las hojas verdes de los árboles de mango susurrando al ritmo del viento gélido. Subir el volumen de las melodías que retumban entre los audífonos y mis tímpanos tampoco logran silenciar la voz al final de mi conciencia que me dice… no, que me grita y me implora que siga pensando en todo, en nada, y en ti. Me concentro en mi alrededor, observo las personas que esperan conmigo el bus en la estación triste y desolada con evidencias húmedas del invierno tropical.

Tampoco es como si te pudiera culpar a ti de mi tristeza definitiva e imponente. Se podría decir que, de hecho, eres mi motivo favorito para llorar. Resides en las relucientes lágrimas como polvo de estrellas en las alas de una joven hada. Sería injusto proponer que todo es tu culpa, porque creo que ni siquiera eres el peor de mis dolores. Pero sí, creo que esa fue la gota que colmó el lago, porque de un vaso ya había pasado hacía tiempo. Finalmente llegó el bus, y todos entramos en fila india, uno tras de otro, ajenos a la realidad del siguiente, al llanto ferviente en lo más profundo del alma. El transporte está más bien vacío, solo habían dos personas en él cuando los cinco que lo habíamos estado esperando subimos. Voy hasta el final del largo pasillo con asientos a lado y lado, y me siento al lado de la ventana en el asiento y pongo en el que está desocupado mi bolso. Cuando el bus comienza a andar, ya yo estoy perdida en el paisaje de la ciudad, cuyas evidencias de la lluvia no terminaban de desaparecer. Cómo me encanta la lluvia, pero no tanto como me encantabas tú. Nunca nadie ni nada tanto como tú. Tus labios

dulzones, los abrazos tan cálidos que siempre me dabas, esa hermosa sonrisa que se formaba en tus labios cada vez que hablabas, una comisura un poquito más arriba que la otra. Todas las miradas furtivas, y la forma en que nuestras manos se entrelazaban de forma casi clandestina. Te extraño. Incluso cuando aún te tenía, te extrañaba. No puedo evitar preguntarme qué tan patética tengo que ser para seguir pensando en ti.

—Disculpa, jovencita… ¿Está ocupado este asiento?

Me quito los audífonos y, al voltear, encuentro a una señora de muy avanzada edad frente a mí. Carga una pesada bolsa de tela, y su delicado y arrugado rostro está adornado por un pañuelo de seda que cubre su cabello. Miro a mi alrededor y veo que la mayoría de asientos están desocupados. Sin embargo, no dudo en negar con la cabeza mientras muevo el bolso del asiento a mi regazo.

—Por favor, siéntese.

La anciana no tarda en sentarse, y al poner la bolsa a sus pies deja escapar un suspiro lleno de cansancio. Recuesta la cabeza contra el respaldo acolchado y cierra sus ojos, por lo que no se percata de que una foto vieja y amarillenta se resbala de su equipaje. La recojo, pero me siento insegura sobre si debería despertarla o no. "Para Valeria. Incluso cuando no me veas a tu lado, siempre estaré contigo.", eso es lo que tiene escrito por detrás con una letra cuidadosa y elegante. La foto era de un joven muchacho con castaños rulos desordenados y sonrisa natural y despreocupada. La camisa blanca vieja y deshilachada que contrastaba con el fondo que era de un blanco impecable.

—Perdone, señora, se le cayó esto.

Ella abre sus ojos, tan cansados como su anterior suspiro pero con un brillo inexplicable, y de mi rostro pasa a mirar la fotografía que le ofrezco tímidamente.

—Oh, muchas gracias. Me pregunto en qué momento se cayó… Gracias, jovencita. —No sé qué había en sus ojos, pero algo en el fondo de su mirada, escapando por la esquina de su iris, puedo verme a mí misma todas esas noches en las que lloraba en silencio, sabiendo que nadie lo sabría nunca, y que no entraría nadie a consolarme por la puerta entreabierta. Los gemidos lastimeros que escapaban de mis labios y que ahogaba desesperadamente con la almohada. La soledad que azotaba, y sigue atormentando mi alma. La desesperanza que mis poros parecían resumir cada minuto que pasaba. Mis ojos escuecen ante tal torbellino de sentimientos que me había atacado en tan solo cuestión de segundos, pero la dulce voz de la señora me saca del trance infernal. —Quizás debería dejar de cargarla a todos lados conmigo, pero no sé cómo podría

vivir sin mi querido Vicente.

—¿Era su esposo?—no puedo evitar preguntar.

—No, pero nos amábamos, y así será hasta el fin de los tiempos.

No lo había notado, pero la forma parsimoniosa que tenía de hablar era hipnotizante. Sisea un poco y habla despacio. Quiero saber más, y algo me dice que ella quiere que pregunte.

—¿Qué le ocurrió? A Vicente, y a usted…—La anciana sonrió a medias apenas formulé la pregunta. Carraspea, dispuesta a dejarme saber su historia.

—Hace muchos años, entré a una tienda de telas a comprar algunos metros del color más verde y natural que pudiera encontrar. Vicente estaba atendiendo ese día. Él fue quien me mostró todas las telas, colores, texturas. Hubo algo en él que me atrajo desde el primer día.—interrumpe su discurso abruptamente cuando un joven que venía entrando al bus la empuja un poco por accidente. Se disculpa en voz baja y se sienta unos puestos delante del nuestro.— Tenía los ojos más encantadores y sinceros que vi nunca.

—¿Tenía…?—Me mira una vez más. Esos ojos doloridos, esa media sonrisa llena de lamentos nunca realmente pronunciados. El bus da un medio brinco en pos de los huecos en las calles brutalmente heridas, pero no tanto como esta señora que reposaba en aparente paz a mi lado.

—Él murió en la masacre de las bananeras, hace muchísimo tiempo. Mucho, mucho tiempo. —Es imposible explicar el dolor que su rostro adquirió al pronunciar esas palabras. Es como si el mundo de repente se hubiera pausado, pero a la vez todo sigue en movimiento. Los sonidos se nublan, es el dolor que me es transmitido lo que ensordece. Ese sangriento día había tenido lugar en mil novecientos veintiocho, así que habían tenido que pasar más sesenta años.— Nuestros padres nunca aprobaron nuestro amor. Se veía mucho antes, más que ahora, no era muy diferente. Mi familia tenía dinero, la suya no. Y Vicente un día estuvo en el momento y lugar equivocados.

—Lo siento tanto, tanto… En verdad-

—No tienes que disculparte, jovencita. Hace mucho tiempo dejó de doler.

—Pero… ¿Dejó de doler? ¿No lo amaba?— No entiendo. De la nada me sentí traicionada y más dolida que antes. ¿Lo había olvidado, acaso? ¿Pero si no llevaba una foto de él?

—Con los años aprendes, jovencita, a recordar con felicidad y no con tristeza. Pasó mucho, mucho tiempo para que pudiera entenderlo, y sentirlo. Sí, lo extraño cada momento, y jamás podré ni pude amar a alguien como lo amé a él, pero me gusta más recordarlo con agradecimiento de haberlo conocido y tenido que con la tristeza carcelaria de haberlo perdido.

Me quedé sin palabras. Me pregunto si algún día podré sentirme de esa forma, cuando piense en ti recordarte como algo feliz y no como algo triste. Aunque no fue la vida quién te arrancó de mis manos, sino tú mismo, tú fuiste quien decidió irse.

—¿Entonces nunca estuvieron juntos? Si sus padres no lo aprobaron, y él…— "murió" pero no puedo pronunciarlo. No consigo hacerlo.

—Habíamos decidido escapar a Barranquilla y casarnos. No nos importaba ya demasiado lo que pensara mi familia, ni la suya. Solo queríamos estar juntos. Él estaba reuniendo el dinero que nos faltaba, incluso todos nuestros ahorros no eran suficientes para comenzar una nueva vida por nuestra cuenta. Eran aproximadamente… cien pesos. Él había adquirido recientemente ese trabajo en la empresa de frutas de esos americanos, y casi había reunido todo el dinero cuando ocurrió.—El siseo suave pero marcado, la parsimonia en sus palabras, en su postura.

Puedo ver lágrimas amenazando con salir de sus ojos, que sobresalen entre las arrugas del tiempo, pero también cómo impide que escapen. No termino de digerir toda la situación… Esta mujer está consiguiendo transmitirme todo su sufrimiento y alegría, sus gracias y desdichas, y en cuestión de minutos lo está logrando. Supongo que a esto te referías cuando decías que no entendías cómo podía ser tan sensible. ¿Pero cómo no iba a serlo cuando hay historias como esta que llegan a mis oídos y se quedan en mi corazón? ¿Cómo puedo no sentirlo cuando esta anciana está compartiendo conmigo el tesoro más importante de su vida, cuando mi dolor es una versión más pequeña e insignificante del suyo? Si siento que me arrancaron un buen pedazo del corazón, tan solo puedo imaginar cómo se siente ella, cómo se sintió durante todos estos años, cómo siempre supo que nada nunca podría consolarla, no del todo. ¿Cómo no iba a sentirme de esta forma cuando, una vez más, veo que el amor no siempre gana; que el amor no siempre es suficiente?

Pienso en todos los supuestos finales felices de cuentos de hadas, la felicidad etérea que llega como ósmosis al sentir el roce de la piel de la persona que revuelve tu universo y afecta el sentido de la gravedad de tu mundo. En el "felices para siempre" de Disney y los hermanos Grimm, pienso en todas las bodas que terminan en divorcios, en todos los llantos lamentables de la infelicidad de un amor unilateral… o de un cariño que

llegó a su fin, cruel y doloroso. Inexplicable e incomprensible.

—Dijeron que fue rápido, que no sufrió demasiado. Ese es el único consuelo que tuve durante mucho tiempo.

—¿Nunca se casó?

—Sí, eventualmente conocí a alguien y me quedé con él. Bernardo. Lo amo mucho, pero Vicente siempre será el amor de mi vida, mi primer amor.

Nos quedamos en silencio, yo insegura de qué decir, y la anciana solo mirando al horizonte. Una pequeña sonrisa de satisfacción adornando sus labios delgados y pálidos.

—Mi novio… Bueno, mi ex-novio y yo terminamos hace un tiempo.—Esto parece captar su atención. No estoy segura de por qué se lo digo, ni qué espero en respuesta, pero una vez abro la boca no puedo ni quiero detenerme.— él… Dijo que ya no sentía lo mismo, que ya no me quería como antes. Desde que comencé a quererlo algo en mí me decía que era un camino peligroso, que yo lo amaba mucho más de lo que él me amó a mí en cualquier momento. Supe que saldría herida, que era una mala idea. Pero no lo evité, no pude, ni quise. Lo amaba con tanta fuerza… lo sigo amando. Le di todo de mí, arriesgué todo por él. Rompí mis propias reglas para estar con él.—Siento las lágrimas ahora acumularse en el borde de mis ojos, y no consigo contenerlas. No soy tan fuerte como ella— Pero no fue suficiente… Siento como si consigo se hubiera llevado una parte de mí que ni siquiera sé si quiero recuperar. Saber que algún día volveré a sonreír y a amar a alguien más se siente como el mayor de los sacrilegios, como un pecado imperdonable. Yo lo amo, y no sé si puedo o quiero dejar de amarlo. No sé…

En este punto ya no puedo controlar mis sollozos, que hacen eco contra las paredes metálicas del bus. La vergüenza me hace llorar aún más fuerte. Siento que me quemo viva, que el resplandor de tu intacta sonrisa me incineran en un horno de desesperanza y absoluta perdición. Siento, entonces, unos brazos amables rodearme mientras transmitían seguridad y comprensión. Este es el preciso instante en el que por primera vez sé que voy a estar bien. Genuinamente bien.

—Está bien, jovencita, no te sientas mal por llorar. Lo amabas, y si él merecía o no ese amor no importa ahora mismo. Lo amabas, y eso está bien. Lo sigues amando, y también está bien. Pero la historia sigue, y permitirte quedarte estancada por más tiempo del que es saludable en el dolor que sientes ahora; eso no está bien.

Más sollozos de mi parte. Ella tiene razón, y yo lo sé, es solo que…—Lo amo tanto que saber que estaré bien sin él me duele casi tanto como

haberlo perdido. No quiero estar bien sin él… no quiero estar sin él.—Nunca lo había dicho antes de este momento, no de esta forma, pero siento como si un peso se elevara volando, flotando lejos de mi corazón.

—Escucha cariño, está bien que ames con locura, con pasión y fuerza como si tuvieras la certeza de que el mañana no existe ni existirá. Pero no debes olvidar seguir amándote a ti misma en el proceso. Debes dejarlo ir, incluso si duele está bien dejar ir. Está bien que te elijas a ti por encima de cualquier otro amor. Él ya te liberó, ahora tienes que liberarte tú misma. Y eso está bien.

Sigue repitiendo que está bien y que está bien pero no se siente bien, nada de esto se siente bien.

—¿Por qué lo dice tanto? que todo eso está bien…—una sonrisa torcida que deja ver su dentadura gastada.

—Porque a veces necesitamos que nos lo digan una y otra y otra vez para poder entender de verdad que sí está bien.

Y así mismo puedo dejar de llorar. Un último sollozo y todo lo que quedan son hipidos doloridos dejando tras de sí un rastro lastimero de heridas que esta vez sí podrán cicatrizar.

—Siento que lo traiciono un poco… sonriendo sin estar con él.

—Pero no lo haces, tu sonrisa es tuya y puedes usarla cuando quieras. Tienes derecho a sentirte bien sin él, con él, y con o sin cualquiera. Estás viva, las flores siempre olerán a rico, el cielo siempre será azul, y siempre que haya al menos un motivo para sonreír, la vida valdrá la pena. Y si no tienes ninguno, invéntalo.

De alguna forma, dijo todo lo que no sabía que necesitaba oír. Ella tiene razón. Está bien sentirse mal pero no dejar que ese sentimiento me consuma, está bien extrañarlo y amarlo pero no dejarme de amar a mí misma, prohibirme pasar de página por todo eso que irracionalmente me lo impide. Y sobre todo, las flores siempre van a oler a rico, el cielo siempre será azul, y todo va a estar bien, todo está bien, y yo eventualmente estaré bien. Y podré sonreír sin que me duela ni me pese ni me sienta culpable. Tener la certeza de eso me hace feliz. Me levanto torpemente y acomodo las tiras del maletín en mis hombros.

—Debo irme, pero… Gracias. De verdad, gracias. Me hizo recordar que siempre hay como mínimo una gota de esperanza.

La única respuesta que obtuve por su parte fue un asentimiento suave con una media sonrisa. Le sonrío de vuelta, una sonrisa de verdad, una sonrisa de amor y motivación y certeza. Al bajarme del bus siento que la

carga que he dejado en esas paredes de hojalata firme no tiene comparación ni suficiente agradecimiento.

Miro al cielo y suspiro mientras camino. El azul grisáceo no logra un efecto triste, sino uno melancólico y seguro, como plata oxidada. Tomo mi teléfono y abro su chat. Te perdono, le escribo, porque yo también quiero que tu recuerdo no sea un motivo de tristeza. Te perdono, gracias por los tiempos bonitos, y espero que seas feliz.

Se lo envié. Quizás no significaría nada para él, pero sí para mí, y eso está más que bien. Sonrío, sintiendo cómo los grilletes invisibles de mi corazón roto se desvanecen con la brisa invernal de Barranquilla.